



EL PORTAAVIONES

MAITE R. DE AZUA

No se sabe a quién se le ocurrió ponerle a la plaza el nombre de “el portaaviones”, ya que jamás llegó a aterrizar en ella ningún artefacto volador, ni siquiera una triste paloma, aparte de que en este pueblo no las hay, a lo sumo dejó sus huellas algún que otro gorrión despistado. El nombre, sin embargo, le cuadraba a la perfección por quedar anclada como un bloque elevado y compacto, muy ancho y aún bastante más largo.

El día en que colocaron las últimas baldosas, las madres alarmadas se echaron las manos a la cabeza al imaginar que su precioso niño podía rodar escaleras abajo, o aún peor, caer en vertical desde el ancho pretil del “portaaviones”, pequeño riesgo que, por otra parte, hacía las delicias de la chiquillería.

Según las horas del día variaba la concurrencia. En las tranquilas horas de sol era buscado por los abuelos y abuelas, y allí se escuchaban los comentarios del fallecimiento del primo de Miguel, sí, hombre, ya sabes quién, el que tenía aquel bar en la calle Santa Clara, el que se casó con una de las Esnaolas. Y entonces todos asentían con la cabeza, porque si no conocían al primo, al menos sabían quién era Miguel, que en paz descanse también. En realidad asentían todos menos la señora Catalina, que era sorda como una tapia y a quien le daba lo mismo que el fallecido fuera el primo de Miguel o que las Esnaolas hubieran ingresado en el asilo. La señora Catalina sólo atendía a su labor: jerseys con dibujos de ochos para los niños mayores, y calcetines y camisetitas de ganchillo para los chiquitines.

La salida de la escuela marcaba el comienzo de la hora de los chavales y la retirada de los abuelos, que emigraban lo más rápidamente posible por no tener que sortear las cuerdas que zumbaban en el aire al recitado de la lección de geogra-

fía: “Ávila, Segovia, Soria, Logroño, Burgos, Santander...” (Me pregunto qué es lo que entonarán ahora los niños tras el cambio de las comunidades autónomas), o para evitar el espectacular “chut” de un aspirante a futbolista, o lo que resultaba aún más terrible, ser atropellado por uno de esos chavales que andan como locos sobre las bicicletas sin mirar por dónde van.

A medida que llegaban los niños el bullicio iba en aumento y al final aquello era un hervidero de críos, gritos, carreras y lloros. El que tropezaba y caía al suelo miraba de reojo a ver si la madre estaba al tanto, cuando ocurría así acudía junto a ella en busca de consuelo. Si la madre, por el contrario, charlaba entretenidamente con la vecina, la respuesta habitual era un rápido: “Anda, que no tienes nada”, y no merecía la pena acercarse.

El atardecer era patrimonio de los jóvenes, devoradores insaciables de pipas, que allí por donde pisaban dejaban su rastro de cáscaras. Su mayor afición era sentarse de manera que las piernas quedaran colgando hacia la parte de afuera del “portaaviones”, preferentemente hacia el lado de las tiendas, pues la vista de la carretera con las idas y venidas de los coches resultaba poco excitante. Era mucho más interesante adoptar la posición de vigía para controlar la presencia de otras cuadrillas y desde allí compartir con los amigos la impresión sobre Marisol o Ana, los encontronazos en clase con Iñaki o los comentarios sobre el último modelito que vestía Susana.

La noche traía su abandono, a excepción del caso de algún aficionado al noctambulismo. Quizá era en las noches de verano, las de la pereza por ir a casa y el saberse libre de quehaceres engorrosos, cuando se prolongaban las charlas y las pipas hasta altas horas.

La plaza en cuestión tenía en su interior unos locales, en realidad se trataba de un sótano al que se accedía por unas escaleras situadas en uno de los laterales. Quien se entretuvo en diseñarlo no tuvo muy en cuenta el lugar en que lo iban a construir, pues siendo esta tierra distinguida por sus abundantes lluvias, quedaba inundado cada dos por tres, y aún en los días más secos se notaba cierto regusto a humedad y un permanente olor a moho.

En principio instalaron allí la escuela de música, pero las partituras se apergaminaban y se apelmazaban las unas a las otras, resultando un consistente volumen de corcheas y fusas imposible de despegar. Los atriles se volvían implegables a causa de la roña que se acumulaba en las juntas y los instrumentos parecían auténticos invernaderos de cultivo de hongos.

La cosa, sin embargo, pasó a mayores cuando la banda municipal de música encontró sus uniformes considerablemente encogidos tras una jornada de lluvias torrenciales, con lo cual tuvieron que crear de forma urgente una banda infantil que vistiera esos uniformes y les sustituyera en los programas culturales hasta que el sastre acabara de coser nuevos trajes a medida. Esto y lo ocurrido durante los exámenes de música en el mes de junio, cuando por efectos del calor se vieron obligados a abrir las ventanas de par en par, y al quedar éstas a la altura de la acera, los golpes de tacón de las señoras despistaban continuamente al alumnado a la hora de marcar el compás, fue lo que decidió al director de la escuela a presentar una instancia al señor alcalde para el traslado a un lugar más seco e insonorizado.

Después de aquello, quisieron emplear el sótano para otros fines: exposiciones de fotografía y pintura, conferencias y debates, pero el resultado fue francamente desastroso: un día las pinturas aparecían sembradas de setas y al otro el conferenciante despertaba griposo.

Lo cerraron sin más remilgos y ya nadie volvió a recordar que en su día allí hubo salas y hubo música y pintura, y discursos.

Con las nuevas elecciones y el nuevo alcalde se decidió dar un lavado de cara al pueblo y nada más a mano que modificar el aspecto de la plaza y con él derribar el "portaaviones" que tantos disgustos había dado a las madres y que tantas carreras de trompetistas y flautistas había truncado.

No hubo piedad con el "portaaviones", de cuatro embestidas se vino abajo y durante mucho tiempo las obras, que en esta Villa duran una eternidad, impidieron jugar, pasear, hablar de difuntos y comer pipas.

Para alivio de unos cuantos quedó la nueva plaza a ras del suelo, salvo unos jardines que ocupaban casi todo el espacio, por lo que al final los más beneficiados fueron los chuchos del vecindario. A cambio construyeron para los niños puentes, toboganes y columpios, con lo cual las madres siguieron echándose las manos a la cabeza. Para los abuelos y abuelas colocaron unos preciosos bancos de madera de fresno, pero tuvieron la mala idea de situarlos debajo de los árboles, al amparo de la fresca sombra, y ellos, que se hallaban reumáticos, tuvieron que emigrar a plazas más soleadas. A los jóvenes, que se habían visto privados de su puesto de vigía, parecía que se los había tragado la tierra, pero en verdad quienes se los tragaron fueron los bares de la Alameda, que empezaron a hacer negocio cuando aquéllos cambiaron las pipas por las cervezas.

Eso sí, nunca más hubo problemas de inundaciones, y es que por ironías del destino, dejó de llover con asiduidad.

